

¿COMIENZA UNA REVOLUCIÓN ANTICAPITALISTA? UNA NOTA SOBRE LA ACTUALIDAD DEL MANIFIESTO COMUNISTA A PROPÓSITO DE LAS REVUELTAS EN EUROPA, ESTADOS UNIDOS Y EL NORTE DE ÁFRICA.

Atilio A. Boron
www.atilioboron.com.ar

En un pasaje memorable del *Manifiesto Comunista* Marx y Engels sostienen que con su ascenso la burguesía desgarró sin piedad el velo ideológico que impedía que hombres y mujeres percibieran la verdadera naturaleza de sus relaciones sociales “para no dejar subsistir otro vínculo que el frío interés, el ‘pago al contado’”. El capitalismo, decían, “ha ahogado el sagrado éxtasis del fervor religioso, el entusiasmo caballeresco y el sentimentalismo del pequeño burgués en las aguas heladas del cálculo egoísta ... En una palabra, en lugar de la explotación velada por ilusiones religiosas y políticas ha establecido una explotación abierta, descarada, directa y brutal.” Y culminan esa sentencia diciendo que en ese mundo construido por la burguesía “todo lo sólido se disuelve en el aire; todo lo sagrado es profanado y los hombres, al fin, se ven forzados a enfrentarse, sobriamente, con sus condiciones reales de existencia y sus relaciones recíprocas.”

Varias consideraciones son pertinentes con respecto a estas palabras. En primer lugar para expresar la admiración que todavía hoy despierta esa extraordinaria capacidad de los fundadores del materialismo histórico para retratar, en unos pocos trazos, las profundas consecuencias que el ascenso de la burguesía tuvo sobre los hombres y mujeres de aquel tiempo. Su penetrante mirada captó, como nadie, la esencia más profunda de un modo de producción y un patrón civilizatorio que convierte al hombre en un verdugo de sus congéneres y un aniquilador de la naturaleza. Claro está que antes que Marx y Engels otros notables filósofos lograron atisbar las siniestras facetas de la nueva sociedad que emergía de las ruinas del viejo orden feudal. En su genial *Utopía* Tomás Moro utilizaba una expresiva metáfora zoológica para patentizar la preocupación que le suscitaba la aparición de la sociedad burguesa: las ovejas, decía, “que tan mansas eran y que solían alimentarse con tan poco, han comenzado a mostrarse

ahora, según se cuenta, de tal modo voraces e indómitas que se comen a los propios hombres y devastan y arrasan las casas, los campos y las aldeas.” Este pasaje, de un libro escrito en 1516, serviría de inspiración a otro notable filósofo político inglés, Tomás Hobbes, quien en su *Del Ciudadano* escrito casi un siglo y medio después aportaría otro sombrío retrato de la sociedad capitalista, no ya en sus primeros albores sino en su definitiva consolidación: “el hombre es el lobo del hombre.” Sin embargo, pese a su notable clarividencia, ni Moro ni Hobbes pudieron responder a la pregunta de por qué se había llegado a tan deplorable involución o las razones de fondo por las cuales una constitución social como el capitalismo genera sistemáticamente –y no por azar o motivos circunstanciales– un comportamiento profundamente antisocial. Fueron Marx y Engels quienes al descubrir en la plusvalía el secreto más recóndito de la nueva sociedad estuvieron en capacidad de responder a esas preguntas.¹

Pero hay también una segunda consideración de suma importancia: transcurridos unos veinte años desde la redacción del *Manifiesto* Marx volvería sobre sus pasos y sometería a profunda revisión la tesis –claramente inspirada en las premisas de la Ilustración– que le atribuía a la burguesía el mérito de haber desgarrado el velo ideológico que enturbiaba la visión que hombres y mujeres tenían de sus relaciones sociales. No es para nada casual que en el primer capítulo de su obra cumbre, *El Capital*, Marx sentara los lineamientos generales de su teoría del fetichismo de la mercancía. En esta nueva formulación la explotación se invisibiliza, queda oculta bajo los pliegues del mercado y disimulada por la falsa equivalencia de la compraventa de la fuerza de trabajo. En esa maliciosa ficción el obrero desprovisto de una conciencia socialista que lo inicie en los secretos de la plusvalía puede inclusive llegar engañosamente a congratularse por la “justa” remuneración recibida de su “buen patrón.” Muchas ideologías y doctrinas políticas que niegan la lucha de clases y confían en su imposible reconciliación – como las distintas variantes del liberalismo, el conservadorismo y, en la Argentina, el peronismo– son víctimas de esta ilusión.

¹ Para un examen de los antecesores del materialismo histórico y en especial el pensamiento utópico véase el bellissimo libro de Alfonso Sastre, *Imaginación, retórica y utopía* (Hondarribia: Editorial Hiru, 2010); También el fascinante libro de Eric Hobsbawm, *Cómo cambiar el mundo. Marx y el marxismo 1840-2011* (Barcelona: Crítica, 2011), pp. 27-57. Por último, una revisión actual de las ideas expresadas por Friedrich Engels en su *Del socialismo utópico al socialismo científico* se encuentra en la introducción a la nueva edición de ese texto clásico de Engels escrita por Fernando Lizárraga, “Estudio Introductorio: Pérdida y recuperación de la utopía” (Buenos Aires: Ediciones Luxemburg, 2012)

Tercero, y principalmente a esto queríamos referirnos, para decir que si de la vida política se trata las palabras del *Manifiesto* con que iniciáramos este escrito tienen una fuerza profética incomparable. La nueva crisis general del capitalismo ha sumergido las ilusiones fomentadas por los mentores y beneficiarios de la democracia liberal “en las aguas heladas del cálculo egoísta.” Como decía una de las pancartas enarboladas en la Plaza del Sol de Madrid “esto no es una crisis, es una estafa”. Y de la mano de ese doloroso descubrimiento iba otro: la estafa no sólo se ejecutaba en gran escala en el terreno económico. No menor era el fraude montado en el ámbito político al haber inducido al grueso de la población a creer que la sórdida e inescrupulosa plutocracia bajo cuya férula se desenvolvían sus vidas era una democracia. Por eso las quejas y reclamos exigiendo una “democracia real ya”, una “democracia verdadera” que reemplace a la pseudo-democracia cuyo interés excluyente es la preservación de la riqueza de los ricos y el poderío de los poderosos. Argumentos y pancartas con invocaciones similares a las españolas no tardarían de surgir en el resto de las principales ciudades europeas y, pocos meses después, del otro lado del Atlántico y nada menos que en Wall Street, frente a la New York Stock Exchange.

Ante la aparición de los indignados no tardaron en asomar quienes decían que esa insurgencia reflejaba una situación y un estado de ánimo de las masas estrictamente acotado a España. Sin embargo, el incendio español, cuya primera chispa -no olvidemos- se había encendido en Túnez, se extendió rápidamente por varias ciudades europeas, y de forma particularmente intensa en Grecia e Islandia. En efecto, ¿qué decir de la extraordinaria radicalización política experimentada por Islandia, cuya población fue primero saqueada por los banqueros y cuyo gobierno pretendía después hacerle pagar a aquélla los costos de las multimillonarias pérdidas sufridas por las operaciones especulativas de éstos? ¿Qué decir de la firme resistencia del pueblo griego, que se ha opuesto con valentía e inquebrantable militancia a las tentativas de resolver la crisis provocada por el neoliberalismo con más neoliberalismo? Prueba concluyente de su vocación de lucha, que obligó al primer ministro Georgios Andreas Papandreu a anunciar la realización de un plebiscito para que la ciudadanía decidiera si aceptaba o no la venenosa pócima neoliberal que le pretendía administrar la *troika* gobernante en Europa: el Fondo Monetario Internacional, el Banco Central Europeo y la Comisión Europea. La reacción del verdadero gobierno de Europa -ese poder de facto del gran capital que

saca y pone gobiernos a su antojo- ante tamaño “exceso democrático” (rápidamente caracterizado como demagógico o populista) fue fulminante, y le infligió un ejemplificador escarmiento a Papandreu: en 24 horas lo convirtió en un cadáver político. Escarmiento, digámoslo de una vez, que fue también una advertencia de lo que podría esperarle a quien tuviera la osadía de rebelarse en contra de la profundización del ajuste preconizado por la infame *troika* gobernante.

No obstante el malestar se extiende por toda Europa y atraviesa el Atlántico, desembarcando nada menos que en Wall Street. En la primera se produjeron violentísimas protestas protagonizadas por los jóvenes en Londres y otras grandes ciudades del Reino Unido, gentes para las cuales el capitalismo no sólo le niega sus derechos sociales hoy sino que tampoco le ofrece la menor esperanza para el futuro. Un escenario similar se reprodujo en Nueva York y un centenar de ciudades de los Estados Unidos, bajo la consigna “somos el 99 por ciento”, queriendo con la misma transmitir una imagen vívida de la fenomenal concentración de ingresos producida en ese país en los últimos treinta años, más precisamente desde el triunfo de la contrarrevolución neoconservadora en lo político y cultural y neoliberal en lo económico que se corporizara con la victoria de Ronald Reagan en las elecciones de 1980. ¿Y cómo interpretar la formidable movilización y resistencia del pueblo chileno, sacudida la paralizante pasividad inducida por el terrorismo de estado de Pinochet primero y por las soporíferas manipulaciones propagandísticas de la Concertación después, que por largos años convencieron a los chilenos que vivían en el mejor de los mundos? La chispa encendida por los estudiantes universitarios, herederos de los “pingüinos” de hace unos pocos años, incendió la pradera y puso en evidencia que lo que estaba mal, muy mal, no era sólo el sistema educacional de Chile sino toda la organización económica, social y política de un país que, arrojando por la borda sus mejores tradiciones históricas, se había convertido en un mercado. No podríamos dejar de mencionar, en esta rápida revisión, los extraordinarios sucesos que desde comienzos de este nuevo año conmueven al Norte de África y Medio Oriente no como producto del “choque de civilizaciones” como pronosticaba Samuel P. Huntington sino como de algo mucho más prosaico: el impacto devastador de las políticas neoliberales, aplicadas con excepcional rigor en países como Túnez y Egipto, que sumieron en la miseria y la desesperación a grandes masas de la población que se lanzaron a las calles para recuperar el futuro del que se había adueñado el gran capital.

En vista de lo que venimos exponiendo no parece temerario afirmar que la crisis actual –que, digámoslo de una vez, recién comienza– tuvo el efecto de concientizar a los pueblos del mundo desarrollado en el sentido de que tanto ellos como nosotros en el Sur global somos víctimas de un sistema que, habiéndose despojado de los ropajes que ayer disimulaban su verdadera naturaleza, somete a unos y otros a “una explotación abierta, descarada, directa y brutal.” Y que lo que llaman democracia es en realidad la dictadura de la oligarquía financiera, que como lo recordaba el Che en la Conferencia de Punta del Este, es incompatible con la democracia.²

Es en este cuadro cuando “todo lo sólido se disuelve en el aire”, y el grito desesperado de la mujer retratada en el magnífico relato de Pedregal Casanova revela el dramatismo de la crisis. He aquí su relato: “una mujer joven (en el vagón de un tren de cercanías de Madrid) que un momento antes habría pasado desapercibida, puesta en pie, dejó escuchar entre lloros sus palabras: - ¡Les ruego... les ruego... que me ayuden! Soy... maestra... nunca imaginé que me podía ver en la calle. Me quedé sin trabajo... Me echaron del trabajo -declaró quedamente- me despidieron -levantó un poco el tono- cerraron varias aulas, y aquí, estoy aquí -sollozaba apretándose las manos una con otra- estoy sola con mis dos niños... Antes que dormir con mis dos hijos otra vez en un cajero he decidido pedir ayuda.”

³ Esta heroína (y víctima) anónima, surmergida violentamente en las aguas heladas de la “racionalidad costo-beneficio del capitalismo” representa con su grito a los centenares de millones que con sus padecimientos hacen posible la opulencia de los plutócratas que dominan bajo su disfraz “democrático.”

Pocos días después de divulgada esta anécdota el *Financial Times* de Londres hizo público un informe sobre las remuneraciones que, en este contexto de crisis, percibían los máximos ejecutivos de las más grandes empresas. La nota decía que “en lo que respecta a los banqueros la era de la contención (salarial) ha terminado.” En 2010, mientras el mundo continuaba su caída libre hacia el desempleo de masas,

² En nuestro *Crisis Civilizatoria y Agonía del Capitalismo. Diálogos con Fidel Castro* (Buenos Aires: Ediciones Luxemburg, 2009) hemos examinado en detalle los principales rasgos de la crisis actual. En función de los estudios históricos comparativos es razonable afirmar que, al igual que la crisis de 1873-1896 y la de 1929-1945, la de nuestros días muy probablemente se extienda por lo menos una década, si no más. Claro está, que como veremos después, ésta bien podría ser la última crisis general del capitalismo, carcomido hasta sus cimientos como se encuentra este modo de producción en las circunstancias actuales.

³ Cf. Ramón Pedregal Casanova, “El Capitalismo real”, en *Rebelión*, 19 de Junio de 2006. <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=130733>

las ejecuciones hipotecarias y el empobrecimiento generalizado de la población, la “retribución media de los máximos responsables de los 15 mayores bancos europeos y estadounidenses aumentó un 36%, hasta (alcanzar una media anual de) 9,7 millones de dólares.” El pelotón de estos bribones lo encabeza el presidente del JP Morgan Chase, Jamie Dimon, que mientras millones de estadounidenses se quedan sin empleo, ven ejecutadas sus casas y recortados (cuando no expropiados) sus haberes jubilatorios se embolsó 20,7 millones de dólares, casi dos millones de dólares al mes; le sigue un tal John Stumpf, presidente de Wells Fargo, con 17,5 millones de dólares Otro de los integrantes de esa banda, Lloyd Blankfein, presidente de Goldman Sachs, hombre pío si los hay, dijo una vez que los banqueros hacían ‘el trabajo de dios’. Por su celo sagrado percibió 14,1 millones de dólares. En el estado español, conmovido hasta sus cimientos por la oleada de manifestaciones de los “indignados”, el presidente del BBVA, Francisco González, se conforma con ganar unos 8 millones de dólares al año mientras que su colega del Banco Santander, el más importante de España, fue más ambicioso y calmó su ansiedad al ver recompensados sus denodados esfuerzos en pro de sus clientes con trece millones de dólares. ⁴ Ni hablemos, por supuesto, de las ganancias embolsadas por su jefe, el dueño del Banco Santander, don Emilio Botín-Sanz de Sautuola y García de los Ríos, Marqués consorte de O’Shea, según rezan las historias de vida más conocidas, quien, previsor el hombre, tuvo la precaución de depositar los ahorros de toda una vida de trabajo y sacrificios en esos tenebrosos santuarios del delito que son los bancos suizos. Podríamos seguir enumerando contrastes de este tipo a lo largo de muchas páginas, pero sería ocioso. Con mayor o menor detalle todos saben de los tremendos contrastes que presenta el capitalismo en su crisis actual, cuando la opulencia y el acelerado enriquecimiento de los ricos conviven con el empobrecimiento de las grandes mayorías sociales.

Ante esta situación cabe preguntarse por el destino de estas orgullosas y arrogantes pseudo-democracias, violentamente desmitificadas y “desfetichizadas” al calor de la crisis. También sobre los Estados que desnudaron su verdadera esencia, convertidos, al decir del viejo Hegel, en “sociedades civiles disfrazadas de Estado”, es decir, en aparatos institucionales que en lugar de ser las esferas de la justicia y la ética universales descendieron al infierno del egoísmo universal

⁴ <http://www.publico.es/dinero/382231/los-mayores-banqueros-del-mundo-se-suben-el-sueldo-un-36>

y de la primacía de los intereses privados por encima del beneficio público. La deslegitimación de las pseudo-democracias del capitalismo avanzado es una muy buena noticia porque “desgarra el velo ideológico” que impedía percibir que eran una mentira -que ni siquiera era piadosa sino infame- puesta al servicio de los intereses de las oligarquías y la opresión de los pueblos.⁵

Dados estos antecedentes no está de más preguntarse si estas revueltas populares están llamadas a extinguirse con el paso del tiempo, a diluirse como ocurriera con ese gran fiasco que fue el “Mayo francés de 1968”, o si, por el contrario, son las mensajeras que anuncian el comienzo de una revolución de proyección mundial. Nunca es fácil precisar cuándo comienza una revolución. Lenin dijo una vez que tal cosa ocurre cuando los de abajo no quieren y los de arriba no pueden seguir viviendo como antes. Contrariamente a las ideas más difundidas en la materia, y que se manifiesta en la ingenua actitud de poner una fecha precisa al comienzo de la revolución: por ejemplo, el 14 de Julio de 1789 en Francia, o el 25 de Octubre de 1917 (según el calendario Juliano entonces en vigor en la Rusia zarista) en Rusia, las revoluciones son procesos y no acontecimientos; procesos que tienen un comienzo que, en principio, no parece afectar a los fundamentos del orden social. Protestas aisladas, revueltas contra el precio de los alimentos, contra los “excesos de malos gobernantes”, contra la desocupación o el súbito empeoramiento de las condiciones de vida, asuntos en suma que no cuestionan los cimientos de la sociedad. Se cuenta que María Antonieta, esposa de Luis XVI de Francia, anotó en su diario la noche del 14 de Julio de 1789: “nada de importancia, salvo un disturbio en una panadería frente a la Bastilla”. Y en la Rusia zarista, el sacerdote ortodoxo Georgi Gapón, que había organizado una asociación para evangelizar a los obreros, encabezó una manifestación pacífica, crucifijo en ristre, en San Petersburgo para entregar un petitorio al zar. La respuesta fue la feroz matanza que desencadenaría la revolución de 1905, preludio necesario de la de Octubre de 1917. Tal como lo hemos examinado con detalle en otra trabajo, la dialéctica de la historia: la lucha de clases y el enfrentamiento con el imperialismo, suele convertir protestas y demandas en principio asimilables por el sistema en fragorosos procesos revolucionarios. Por eso las “fechas” de las revoluciones son

⁵ Hemos examinado este tema del fetichismo democrático en *Aristóteles en Macondo. Reflexões sobre poder, democracia e revolução na América Latina* (Rio de Janeiro: Pao e Rosas, 2011). Una primera versión, parcial, de ese libro es *Aristóteles en Macondo. Notas sobre el fetichismo democrático en América Latina* (Córdoba: Ediciones Espartaco, 2009)

apenas un hito, que no marcan ni el comienzo ni su final. ¿Cuándo comienza la Revolución Cubana? ¿El 1º de Enero de 1959, como asegura la visión más convencional? De ninguna manera: esa revolución comenzó con los primeros preparativos para el asalto al Cuartel Moncada, y la misma fecha del 26 de Julio de 1953 no marca sino uno de los mayores acontecimientos, pero sólo uno, de un proceso de muy larga duración que iría madurando con el correr de los años.⁶

Cabe preguntarse entonces ¿será una revolución lo que está gestándose ante nuestros ojos en estos días? Difícil decirlo sin un margen razonable de duda, pero hay signos inequívocos de que los poderosos dispositivos desmovilizadores y conformistas del fetichismo de la mercancía y de la pseudo-democracia han dejado de funcionar. Además, toda la evidencia indica que el imperio norteamericano ha entrado en una fase de irreversible decadencia, algo que no ha pasado desapercibido para sus más ardorosos e incondicionales apologistas, como Zbigniew Brzezinski, Robert Kagan, Thomas Friedman y tantos otros. En la vereda de enfrente, Immanuel Wallerstein lo ha venido diciendo en sus numerosos escritos más recientes, al igual que Samir Amin. El acelerado derrumbe del sistema imperial -acelerado por comparación a los ritmos seguidos por otras decadencias imperiales más prolongadas, como la británica o la de España y Portugal, en estas latitudes- agrega un componente adicional a la crisis actual del capitalismo y alimenta las esperanzas de que el sistema ha finalmente tropezado con sus límites. Se llegó a esta situación en Estados Unidos y en Europa sin una insurgencia obrera o popular previa; el sistema entró en crisis a causa de sus insolubles contradicciones internas, entre las cuales sobresalen los efectos desquiciantes de la financiarización, el predominio absoluto de la especulación financiera por encima de la producción, la fenomenal concentración de los ingresos y la propiedad y su contrapartida, la creciente expoliación sufrida por las clases y capas populares. Fueron estos los factores que provocaron la crisis sistémica y los que, poco después, desencadenarían esta oleada sin precedentes de revueltas populares, mucho más importantes, por comparación, que las que se originaran en Mayo de 1968 en Francia.

Por supuesto, esto no significa que el capitalismo caerá mañana. Conviene recordar lo que Lenin repitiera una y mil veces: no caerá si no hay una fuerza social

⁶ Hemos examinado este asunto en detalle en “Rosa Luxemburgo y la crítica al reformismo socialdemócrata”, estudio introductorio a la nueva edición de *¿Reforma Social o Revolución?*, de Rosa Luxemburgo (Buenos Aires: Ediciones Luxemburg, 2010)

y política que lo haga caer. Tal vez uno de los rasgos más aberrantes del momento actual es la ausencia de una poderosa fuerza social y política que asuma la tarea del sepulturero del capitalismo. Mientras las condiciones objetivas de la revolución maduran aceleradamente no ocurre lo mismo con las condiciones subjetivas, que aluden a la organización y la conciencia de las masas. Y es precisamente en ese complejo interregno donde lo viejo no termina de morir mientras que lo nuevo no alcanza a nacer cuando adquiere relevancia la observación de Antonio Gramsci: en situaciones como esas la sociedad puede engendrar toda clase de aberraciones y monstruosidades. O, dicho en términos del marxismo clásico, si la revolución no acude puntualmente a la cita con la historia el resultado es la profundización de la barbarie capitalista. ¿No es eso lo que estamos viendo en estos días? ¿Qué otra cosa es la destrucción de Libia a manos de la aviación de la OTAN y el linchamiento de Gadafi, o el asesinato de Osama bin Laden en presencia de su familia? ¿Cómo interpretar la expansión del fenomenal poderío militar estadounidense, que siembra destrucción y muerte por doquier? ¿Cómo valorar los mayores negocios del capitalismo contemporáneo: la guerra, el narcotráfico, la trata de personas y órganos, la venta ilegal de armas, todo ello amparado por los paraísos fiscales organizados por los líderes de la “civilización occidental y cristiana”?

El capitalismo y la democracia liberal son una gigantesca estafa, y esa convicción se ha hecho dolorosamente carne en los pueblos europeos y comienza a diseminarse por Estados Unidos y otras regiones del mundo desarrollado, además del Norte de África y Medio Oriente. Esa certidumbre la teníamos en América Latina, pero ahora cobra nuevos bríos porque ya no se puede decir que las protestas de esta parte del mundo –que tiene el honor de haber sido la primera en rebelarse contra la tiranía del capital en su fase actual- eran producto de nuestro atraso o de la desmesurada codicia de nuestras clases dominantes; ahora es casi todo el mundo capitalista el que está en rebeldía porque allí también se está aplicando la venenosa medicina del FMI, el BM y el Banco Central Europeo. Tal como decíamos más arriba es demasiado pronto para saber si estas protestas tendrán la virtud de desencadenar la revolución anticapitalista que la humanidad necesita imperiosamente para sobrevivir. Pero por lo menos sabemos que de ahora en más la historia será distinta: que los condenados de la tierra no querrán seguir viviendo como antes y que los ricos comienzan a percibir que no podrán seguir dominando como antes. Son condiciones necesarias -si bien no suficientes- para una revolución,

lo cual no es poca cosa. Son también condiciones objetivas que, como siempre, requieren del concurso de otras de carácter subjetivo: principalmente conciencia, lucha ideológica y organización. Confiemos en que más temprano que tarde podamos dejar atrás la prehistoria de la humanidad, como decían Marx y Engels, y comenzar a escribir su verdadera historia: aquella que relata el tránsito hacia una forma superior, claramente poscapitalista, de organización económica y social.